

HUELLAS

José Francisco García Sánchez, Arquitecto

Escuela Técnica Superior de Arquitectura e Ingeniería de Edificación
Universidad Politécnica de Cartagena

Abstract

Traces are an omen and a premonition. We said we were not the first. They anticipate the species and life. Their presence holds security —and anxiety— granting discover a place already visited. A trace, a sign or a groove aspire to be a secret depositories are required to share. In the traces, resides active memory of a place; and somehow, announce their future, becoming stable and recognizable symbols on the landscape. Sometimes the traces are physical and visual, sound or smell also; sometimes they are invisible. But it is always possible to identify with a symbol, which means the architecture itself and accomplish what should evoke.

Keywords: Architecture, trace, landscape, land-art, project

Resumen

Las huellas son un presagio y una premonición. Nos señalan que no fuimos los primeros. Anticipan la especie y la vida. Su presencia celebra la seguridad —y la inquietud— que otorga descubrir que un lugar ya ha sido visitado. Una marca, una señal o un surco aspiran a ser depositarias de un secreto que están obligados a compartir. En las huellas reside la memoria activa de un lugar; y, de algún modo, anuncian su porvenir, convirtiéndose en símbolos reconocibles y estables sobre el paisaje. A veces las huellas son físicas y visuales, también sonoras u olfativas; otras veces son invisibles. Pero siempre es posible identificarlas con un símbolo, con lo que la arquitectura significa como tal y con lo que debería lograr evocarnos.

Palabras clave: Arquitectura, huellas, paisaje, land-art, proyect

«...El hombre camina días enteros entre los árboles y las piedras. Rara vez el ojo se detiene en una cosa, lo hace cuando la ha reconocido como el signo de otra: una huella en la arena indica el paso del tigre, un pantano anuncia una vena de agua, la flor del hibisco el fin del invierno...»

Las ciudades y los signos. *Las ciudades invisibles.*
Italo Calvino.



Figura 1. Huella del pie izquierdo de Neil Armstrong sobre la superficie lunar. Julio, 1969.

Introducción, 1969.

La palabra *investigar* proviene del latín *investigare*, que a su vez deriva de *vestigium*: «pos de la huella de» (ir en busca de una pista). Y la palabra *huella* deriva del verbo *hollar* —es decir, pisar dejando un vestigio del pie en el suelo— Este verbo proviene del latín *fullare* que, cuando se desprende de la *f* inicial, queda como hacer (*facere*); y el cambio de la *o* por la *u* como *lugar* (*localis*). De ahí también obtenemos la palabra *fuéllaga*: huella del pie en la tierra.

Las huellas son un presagio y una premonición. Nos señalan que no fuimos los primeros (Fig. 1). Anticipan la especie y la vida. Su presencia celebra la seguridad —y la inquietud— que otorga descubrir que un lugar ya ha sido visitado. Una marca, una señal o un surco aspiran a ser depositarios de un secreto que están obligados a compartir. El arquitecto Alejandro de la Sota lo ejemplificaba con el *rugido de un león* o el *pis del zorro*.

En las huellas reside la memoria activa de un lugar; y, de algún modo, anuncian su porvenir, convirtiéndose en símbolos reconocibles y estables sobre el paisaje. A partir de ellas, se puede cartografiar la realidad física y emocional de un sitio. El hombre tiende a reconocer su propio paisaje e inmediatamente después a dominarlo.

Decía Goya que *el tiempo también pintaba*; y, desde luego, *también construye*. La materia recibe con agrado las huellas que *el tiempo* imprime sobre ella y las exhibe como un triunfo. Son registros tatuados sobre los elementos; así como jirones que se deshilachan cuando se produce el encuentro *simpático* de la especie con el medio. También son producto de la atmósfera, el clima y la energía. La erosión, que es consecuencia del *tiempo* y de la actividad, participa con naturalidad del acto creativo.

A veces, esas huellas, son fruto del azar o de la costumbre; otras, son producidas por la acción premeditada del hombre sobre el paisaje; también

por la sucesión de actos repetidos; y, desde luego, son producto del trabajo productivo sobre la Tierra.



Figura 2. England, 1968. Campo de Margaritas, Richard Long. Reino Unido, 1968.

Margaritas, 1968.

En un campo de Margaritas (England, 1968), el artista Richard Long recogió unas flores formando una cruz sobre el paisaje. Eligió esta flor de color blanco por el contraste con la tierra oscura; así, su *huella* sería más evidente. Su obra perduró *el tiempo* que la Tierra tardó en hacer que volvieran a crecer otras margaritas, disolviendo su intervención en la naturaleza y haciendo de su acción un *acto* reversible. Realizó un registro fotográfico (Fig. 2), como testigo de su acción; convirtiéndose, de algún modo, en la *huella* de otra *huella*. Esta obra es heredera de *A line made walking* (England, 1967) en aquel caso se trataba de la creación de una línea en la naturaleza realizada mediante la repetición de una acción: pisar sobre la hierba varias veces (ir y volver caminando).

Para Richard Long, la naturaleza siempre ha sido grabada por artistas: desde las pinturas rupestres hasta la fotografía del paisaje del siglo XX. Él también quería hacer de la naturaleza el lienzo de su trabajo, pero con nuevas formas. Empezó a trabajar con otros materiales, como la hierba y el agua; y esto evolucionó hacia la idea de hacer intervenciones artísticas simplemente caminando.

Aunque la fotografía (Fig. 2) no señala la figura humana, en ambas obras se presenta la huella de la presencia corporal y de la acción. Las obras de Long se desarrollan a través de una relación física y directa con el paisaje. Durante un paseo, se pueden reorganizar, sutilmente, los elementos naturales en un lugar concreto, intentando marcar y señalar su presencia. Sus obras pertenecen al lugar, son una transposición del mismo; y, con el paso del tiempo, son reabsorbidas por el territorio —cuando crezcan las margaritas. Richard Long trabaja con y a favor de la Tierra: nunca en contra de ella.

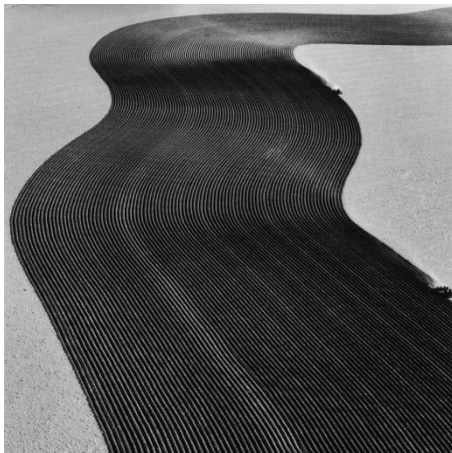


Figura 3. Vista aérea de dos tractores labrando la Tierra. Fotografía: Margaret Bourke-White. Colorado, USA. Mayo, 1954.

Surcos, 1954.

Paisaje Cultural es el resultado de la acción del hombre sobre un paisaje natural: la cultura es el agente; lo natural el medio. El término tiene su origen en algunos escritos de geógrafos alemanes y franceses de finales del siglo XIX. El profesor Carl Sauer lo define en «La morfología del Paisaje» (1925) [1]. Es decir: *Paisaje Cultural* es toda huella o rastro del trabajo del hombre sobre el territorio; además de ser un ámbito geográfico asociado a una actividad o una acción que contiene valores estéticos y culturales.

Este registro activo tiene que ver con la colonización del territorio: señalar, amojonar, delimitar, deslindar,...; también tiene que ver con acciones que son el resultado del trabajo del hombre sobre la Tierra: labrar (Fig. 3), irrigar, plantar,...; o incluso ser vestigios del culto funerario: tumbas, menhires,...

Cuando el hombre domestica la Tierra, también deja un rastro sobre ella: líneas equidistantes sobre el paisaje que son fruto del labrado (Fig. 3); círculos sobre plantaciones de maíz que son consecuencia del sistema de riego; o planos transparentes de plástico que celebran la presencia de invernaderos que luchan contra la escasez. También el agua, en su distribución y almacenaje, construye vestigios. Es decir, no sólo lo extraordinario, también lo cotidiano imprime huellas sobre la Tierra: como si el esfuerzo del hombre en su afán de sobrevivir dejara una marca que así lo evidenciara al resto de los hombres.

En ambos casos, tanto los artistas —con sus acciones earth-works y land-art—, como los agricultores —que domestican la Tierra— usan el plano del suelo como material de trabajo: unos como lienzo intencionado sobre el

que expresarse; otros por la necesidad de supervivencia y que celebra el éxito del hombre frente al medio, a veces hostil.



Figura 4. Grand Menhir Cubique. Plouharnel, Francia. Fotografía: Maurice Guibert. 1890.

Límites, 1890.

Después del primer paseo caminando —donde el hombre reconoce un territorio desconocido— la propia acción de acotar, señalar o deslindar (Fig. 4) (*huellas* intencionadas) se puede considerar como el acto instintivo previo a cualquier otro, un acto que evidencia la presencia inteligente del hombre sobre su hábitat: es decir, Arquitectura. Dicho acto se manifiesta mediante pequeñas muestras estables e *hitos*: un mojón en el camino, algo que está fijado en la tierra (*hito/fijo*).

Colonizar y acotar el paisaje nos hace reconocerlo, medirlo y poseerlo. Un límite nos advierte de un *aquí* y un *allí*. Define un *adentro* y un *afuera*. Concreta un *mío* y un *tuyo*. En resumen, es posible afirmar que una línea sobre el territorio —aunque sea imaginaria— define las dos palabras donde el hombre se reconoce a sí mismo y a sus semejantes: *Yo* y *Tú*. Un *Yo* vinculado con lo propio, lo privado, lo interior; y un *Tú* relacionado con lo ajeno, lo público, lo exterior. Esa línea que define, además, presagia un *nosotros*. Nos diferencia, pero también nos relaciona.

Además, un *límite* nos recuerda al *tú* (al *otro*), nos lo hace presente, nos aproxima a él y hace patente que necesitamos del *otro* hasta para definirnos; que somos nosotros porque al lado está él. Necesitamos atravesar los *límites* para vernos desde fuera, a distancia y comenzar a re-conocernos [2].

Mojón, linde, cerco, baluarte, coto... Frontera, límite, muralla,... Esta generosa variedad de apelativos no sólo testimonia la importancia social de la propiedad; sino que encubre, protege y dignifica comportamientos; unifica costumbres y lenguas inteligibles; sostiene normas, derechos y deberes; escenifica celebraciones, héroes e historias locales; e intensifica solidaridades internas fomentadas por representaciones creativas y símbolos propios.



Figura 5. Pleasures and Terrors of Levitation. Fotografía: Aaron Siskind. 1957.

Conclusión, 1957.

Las obras de Arquitectura extienden sus límites con señales que anuncian su presencia; marcas inteligibles por nuestros semejantes; códigos y vestigios que amplían los umbrales que una lectura precipitada les otorgaría [3]. La Arquitectura dilata su cerco expandiéndose hacia un *afuera*: a veces las huellas son físicas y visuales, también sonoras u olfativas; otras veces son invisibles y emocionales. Pero siempre es posible identificarlas con un símbolo, con lo que la arquitectura significa como tal y con lo que debería lograr evocarnos.

Una idea ampliada del término nos hace entender cómo el repicar de una campana también es una huella sonora en el aire. O el rumor del agua y el olor a azahar anticipan la presencia de un patio en Andalucía. Otras veces, sin embargo, esas marcas se intentan ocultar: así le ocurre al saltador cuyo deseo definitivo es que su huella, al entrar en el agua, desaparezca (Fig. 5). Y jamás lo consigue.

Referencias:

Sauer, Carl (1925) «La morfología del Paisaje (The morphology of landscape)». *University of California Publications in Geography*. pp. 19-53, vol 2, núm. 2.

Lisón Tolosana, Carmelo (1994) «Antropología de la frontera». *Revista de Antropología Social*. pp. 75-103, vol. 3. ISSN: 1131-558x.

Autor (2012) «Tres Umbrales». *V Jornadas de Introducción a la investigación de la UPCT*. pp. 9-11, vol 5. ISSN: 1888-8356.